


EDICIONES A. J. M.



DE NUESTRO CERCADO

III

Vocación aliada

por

D. Antonio Amundarain

Director General de la Obra





EDICIONES A. J. M.



DE NUESTRO CERCADO

III

Vocación aliada

por

D. Antonio Amundarain

Director General de la Obra



Nihil obstat:

DR. JULIANUS CANTERA,

Censor.

IMPRIMATUR:

Victoriae 21 Februarii 1948.

+ CARMELUS, EPISCOPUS VICTORIENSIS.

Hay un sello que dice:

Obispado de Vitoria.

PRÓLOGO

A nadie extrañará el que hayamos dedicado estas páginas de un modo especial a la Alianza puesto que es ésta la Obra que a nosotros nos ha encomendado el Señor, y sus intereses son los que, en primer lugar, tenemos el deber de salvaguardar. No es un egoísmo excesivo, tal vez vano y orgulloso, el que nos ha movido a mostrar nuestras preferencias por ella, sino el deseo de que estas almas y sus directores tengan suficiente noción del asunto que vamos a exponer, y sepan caminar ellas y encaminar ellos por el verdadero sendero que, como para otros destinos, Dios ha señalado también para estas almas de la Alianza.

Con todo, no queremos que sospeche nadie, por lo que hemos dé decir, el que, en adelante, la Alianza trate de desentenderse de las demás vocaciones, como no lo ha hecho hasta ahora, y en número consolador de más de 1700, fomentándolas, ayudándolas y conservándolas cuidadosamente en su seno y, después de bien maduras, franqueándoles el paso a diferentes órdenes e Institutos religiosos.

Nuestro plan no ha cambiado, ni cambiará en adelante.

Aunque nuestras preferencias se dirijan hacia la Obra de la Alianza (y justo es que así sea), no prescindimos de las demás vocaciones.

La Alianza abre sus puertas a todas las almas que quieran consagrarse a Dios, tanto en la calle como en el Convento.

A todas ellas marca sus caminos, señala sus medios, resguarda y defiende del ambiente malsano del mundo, las une en un anhelo común de virginidad y de vida evangélica de perfección, las ayuda a conservar el fuego sagrado de la piedad, espiritualidad, intimidad con Dios, las ejercita en la práctica de las demás virtudes, las prepara, en una

palabra, para que en el día ,que el Señor se digne fijar su vocación definitiva, dirijan sus pasos al punto que el Espíritu Santo les señale con claridad segura.

Todas las vocaciones caben en la Alianza; a todas apoya, ayuda, defiende y guía en sus respectivos destinos.

Por tanto, lo mismo que hasta ahora, la Alianza fomentará vocaciones para el Convento, porque, en su gran lema por el triunfo de la pureza, entra de lleno el apostolado por las vocaciones.

El apostolado de la Alianza se extiende al triunfo de la pureza y de la virginidad en el claustro.

Pero el fin de la Alianza es el triunfo de la pureza en el mundo.

1.º de Enero de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN.

PRIMERA PARTE

LA VOCACIÓN

I. El reino de Dios

Joven cristiana, tú vives en la tierra y eres miembro de la sociedad humana; eres deudora a tus hermanos los hombres. Mas, también estás en el reino de Dios que Cristo estableció en el mundo, y debes aspirar a las grandezas dignas de este reino; eres miembro de la Iglesia, cuyos intereses te importan.

Examina bien los horizontes de este reino de Dios en la tierra; es reino de luz, como dice Isaías, y en sus resplandores caminarán las gentes (LX, 1-6). Es reino de justicia, de obediencia y de paz (Salmo LXX). Este reino tiene horizontes más anchurosos que los que conocemos en la tierra.- La Iglesia va extendiendo sus tiendas por toda la tierra y sus pabellones se ensanchan hasta confundirse con el mismo pabellón del cielo; por eso confundimos el reino de Dios con el reino de los cielos, constituyendo una sola sociedad, la de los santos del cielo y la de los justos de la tierra.

Razón, será, pues, joven amada, que aspire a algo que responda a este grandioso y sublime ideal. Eres elevada al orden sobrenatural por la gracia y destinada a gozar de la felicidad del mismo Dios. Lo humano es nada; no te engañes, es indigno de ti. Busca lo divino, «busca el reino de Dios». Math. VI, 33). La Iglesia es un jardín donde florecen nuestros espíritus con el ornato de

gracias y virtudes, respirando el buen olor de Cristo, para ser consumados en todo género de perfecciones cristianas.

A esta perfección nos convida el Señor a todos en su orden, conforme a los dones con que a cada uno ha querido enriquecer: de ingenio, talento, habilidad, condición y disposición de carácter, etc., que ponen su sello peculiar en cada uno.

Solemne fué¹ la palabra de Cristo en el sermón de la montaña; y allí de sus labios salió aquella exhortación a la perfección: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». (Math. V, 48). Y San Pablo lo confirma, cuando a los Efesios decía: «que Dios nos escogió para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia». (Efes. I, 4).

Pero la perfección cristiana no está vinculada a una clase de personas o a una profesión determinada, ni éstas son aptas igualmente para alcanzar en ellas la propia perfección; ni todo ejercicio de virtud es para todos... Y ¿cómo lo acertaremos? Con la obediencia a los dictámenes de la conciencia, procediendo con sinceridad delante de Dios y buscando en todo a Dios, y mí a nosotros mismos...

Sé generosa, amada joven, no apartes los ojos de los anchuros horizontes que se abren a tu vista; no te amilane, ni su grandeza, ni la dificultad de alcanzarlo. Ya son muchas las almas que apuntan constantemente a la perfección, a la pureza de alma y cuerpo, al amor de Dios, al reino de Cristo. El camino, generalmente, es el de la Cruz... Tu destino es tu perfección y santidad. Empieza a buscarla, más alto o más bajo, según el grado que dice bien con los dones que Dios te ha dispensado. Sé generosa... ¡El Reino de Dios está en ti!

Oye el llamamiento de Dios; hay, una vocación para ti...

¹ Ortografía correcta en su día (nota de la transcripción)

II. La vocación

La «vocación» significa llamamiento, invitación. «En general, dice Fabre (*Cate. de la vida religiosa, Cap. IV*) es un llamamiento de Dios que le fija a cada cual el estado de vida que ha de abrazar».

«La Providencia, sigue diciendo el mismo autor, que, todo lo dispone con admirable orden, pensó desde la eternidad el lugar que cada uno de nosotros habíamos de ocupar en el mundo, poniendo a nuestra disposición con tal fin, las *gracias* y las *cualidades* necesarias».

Profundicemos un poco más en esta materia importante, exponiendo distintas ideas de los autores.

El Padre Caballero, en su folleto *La vocación del religioso educador* (cap. I), dice: «La vocación no significa precisamente un llamamiento sensible que Dios haga a las almas », sino «la *acción* de Dios en un alma, a la cual inclina a determinado estado de vida», o también «el movimiento porque se siente uno inclinado a abrazar la vida de *perfección*».

Tratándose de la vocación sacerdotal, dice el Papa Pío XI (Encicl. *Ad Catholici Sacerdotii*): «que más que por un sentimiento del corazón o, un atractivo sencillo, la vocación se revela en la «rectitud de intención, unida a aquel conjunto de dotes físicas, intelectuales y morales, que le hagan idóneo para el estado sacerdotal».

Esto significa que la vocación se determina y se revela por las disposiciones, dotes y gracias que Dios ha distribuido proporcionalmente en el alma y en el cuerpo de cada sujeto, estudiadas y ponderadas por su respectivo superior o autoridad, que representa a Dios.

«En hecho de verdad, dice el citado P. Caballero (ib.) no hay hombre sin vocación especial (suya, personal); lo que interesa es conocerla, entenderla y aplicarla) a su sujeto respectivo.

La vocación entra de lleno en los planes de la divina providencia. Todos formamos un ejército: Dios es el Jefe, a nosotros nos toca ocupar nuestro puesto».

Escuchemos a otra autoridad. El Padre Trullás, S. J., en su bella obrita *¿Qué quieres ser?* (cap. II), comienza diciendo: «La vocación, la obra de Dios y la cooperación del hombre... Para su aclaración diría que en la vocación hay dos fases: la vocación *inicial* y la vocación *completa*. La *inicial* comprende las disposiciones *naturales* o dones del orden natural, que los da Dios, para que con ellos le sirva, y los auxilios *sobrenaturales* que nos incitan y mueven a abrazar cierto estado de vida».

En favor de estas afirmaciones cita al Padre Bucceroni (Teol. mor.) y el Acta Apostolicae Sed. (15 Jul. 1912).

Y sigue el citado autor: «Este conjunto de medios, para prestar a Dios servicio en un cierto grado de perfección, puede tomarse muy bien como indicio o señal con que el mismo Dios manifiesta alguna voluntad o deseo... Y a ese conjunto de *disposiciones* o inspiraciones divinas podemos también dar el nombre de llamamiento de Dios».

«Mas, la *vocación completa* sobre los elementos de la *inicial* exige la libre resolución de la voluntad de seguir un estado determinado bajo la influencia de la gracia». (Acta Apost. Sed. 15 Jul. 1912). En esta resolución entra como elemento esencial la rectitud de intención: y «esta recta intención ha de estar basada en motivos sobrenaturales y exige la gracia sobrenatural, la cual, como auxilio divino, será ahora como el sello y aprobación de que cumplimos la voluntad de Dios. Por él quedamos de hecho segregados de la multitud y con derecho a auxilios especiales o la gracia de estado».

«De modo que por la vocación *inicial* podemos determinar quiénes son los *llamados* y examinando la vocación *completa* podemos ver quiénes son los *escogidos*»

III. Llamamiento de Cristo

Hagamos un poco de luz. Y ¿quiénes son los llamados? o sea ¿cómo puede uno conocer que Dios le inspira y mueve a abrazar la vida de perfección?

Abramos el Santo Evangelio. Cristo ha dirigido su llamamiento a las almas; sus exhortaciones a la práctica de los consejos evangélicos, algunas fueron a personas y grupos de almas en particular. Llamó casi uno por uno a los Apóstoles, y así debió de llamar también a otros muchos, de los cuales algunos oyeron su voz y otros la desoyeron.

Pero, además de estos llamamientos particulares, Jesús tuvo frases con que convidaba a su seguimiento universalmente a todos los que quisieran ir en pos de Él.

Así, por ejemplo: «Quien quisiere venir en pos de mí, niéguese y sígame» (Math. XVI- 24)

«Todo el que dejare la casa, hermanos o hermanas... por mi nombre, recibirá el céntuplo y la vida eterna» (Math. XIX, 29).

Jesús llama a todos y delante de todos habla y hace elogios de la *perfección*: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Math. V, 48).

Oigamos a San Pablo. Habla en particular de la castidad y dice: «Lo que es por mí, de buena gana os quisiera a todos como yo» (I Cor. VII, 7). Decía más abajo: «En cuanto a la virginidad no tengo ningún precepto del Señor; es únicamente un consejo que os doy, para ser fiel con el mismo Señor». Y añade con insistencia: «Si una persona permanece virgen, será más feliz, según mi consejo; y creo que también yo tengo el espíritu de Dios» (I Cor. VII, 25-40).

Demos, pues, por sentado que el llamamiento de Cristo a la perfección evangélica es general. Así es el común sentir de los teólogos. (Bucceroni. Inst. teol. mor.). Demos también que la

gracia de este llamamiento, la gracia de esta inspiración, o sea, el auxilio sobrenatural que incita y mueve a la perfección evangélica, es general, está preparada para todos. (Sto. Tomás, 2.^a; 2. ^{ae} -q. 189).

Luego esa vocación *inicial* es extensísima, en la universal variedad de grados, de formas y de clases.

Mas, como de ordinario esta gracia del llamamiento se acomoda a la manera de obrar de nuestra naturaleza, en más de una ocasión esa semilla ha forcejeado para germinar y salir afuera; pero ha quedado ahogada, ya por el ambiente desfavorable, ya por la falta de calor de piedad, ya por las malas pasiones no refrenadas a tiempo, ya por las excesivas preocupaciones terrenas, ambiciones, regalos, orgullo, etc.

Esto supuesto, si uno tiene las disposiciones naturales necesarias para una determinada vocación, puede contar con los auxilios sobrenaturales indispensables para realizarlo; no le falta la gracia de la inspiración. Y éste tal tiene la vocación *inicial*. Soy, pues, de los llamados por Cristo... Pero ¿seré de los escogidos?

IV. Elección del hombre.---Elección de Dios

Siendo el llamamiento consignado en el Evangelio un llamamiento general, algún misterio debe de haber sobre la elección, cuando Cristo expresamente, hablando de la pureza virginal, dice: «No todos alcanzan la fuerza de este consejo, sino únicamente a quienes esto ha sido dado...; alcáncelo quien pueda». (Math. XIX, 11-12.).

Y San Pablo, después de haber dicho que él deseaba que todos fuesen como él, añade: «Si algunos no pueden guardar

continencia, tomen matrimonio; mejor es casarse y no abrasarse en malas pasiones»...«Cada uno tiene su propio don». (I Cor. VII, 7).

¿A qué obedece esta limitación? Esta limitación, una vez que el sujeto reúne las disposiciones naturales y gracia de llamamiento, según hemos indicado antes, debemos sin duda buscarla en los elementos que integran la vocación *completa*, a saber: en la libre resolución de la voluntad de, seguir tal estado, bajo la influencia de la gracia. En efecto, habla San Juan Crisóstomo y dice: «El don de la castidad se concede a los que la elijan de su propia voluntad», y añade: «la ayuda necesaria de lo alto está preparada para todos los que desean salir victoriosos en la lucha contra la naturaleza». (Mign. P. G. 58-col. 600).

Y San Jerónimo nos dice: «que este don se concede a aquellos que lo piden, lo desean y trabajan para obtenerlo». (ib.).

Y San Basilio lo explana diciendo: «que la práctica de la vida evangélica, con ser privilegio, es para todos». (ib.).

De donde debemos concluir, que la única limitación práctica la hemos de buscar en la voluntad del hombre. Todos los naturalmente hábiles son llamados sobrenaturalmente a la *perfección*; mas *escogidos* lo son únicamente los que quieren seguirla.

Por eso, la única condición que pone Cristo es «*si quieres*». Dice al joven: «*Si quieres ser perfecto*»... Dice a las gentes: «*Quien quiera venir en pos de mí*»...

Dios respeta nuestra libertad, y el hombre, como dice Sardá y Salvany, tiene la triste libertad de decir a Dios: «no quiero».

San Pablo, al decir que contraigan matrimonio los que no han de poder contenerse, excluye a los de voluntad débil o mala voluntad. Es obstáculo para consagrarse a la práctica de la *perfección evangélica*.

Y lo que aquí San Pablo dice de la castidad, débese decir en general de los demás consejos evangélicos. Lo que prueba que para abrazar de lleno la vida de perfección, se necesita alguna formación, educación o temperamento moral recto, como las demás disposiciones naturales que se han indicado arriba. De donde se infiere que, quien renuncia en tiempo oportuno a aquella formación, o pone positivamente obstáculos a la piedad y al ejercicio de las virtudes propias, voluntariamente renuncia al llamamiento... y a ser *escogido* por Dios.

La libre elección del hombre es, pues, un requisito necesario para que Dios de hecho le dé la gracia que completa su vocación. (Bucceroni. Inst. teol. mor. y Padre Trullás, «¿Qué quieres ser?»).

Así como la gracia de la inspiración, que podríamos llamar gracia «preveniente», está dispuesta para todos a quienes alcanza el llamamiento de Cristo, así también esa otra gracia que llamaremos «adyuvante»; destinada a ayudar o coadyuvar al hombre para abrazar la perfección, está dispuesta para todos aquellos que, movidos por la primera, *quieren* decididamente abrazarla.

Con todo, no debemos olvidar que la vocación es un verdadero beneficio de Dios, un don, un privilegio divino. Dios espera la voluntad del hombre; pero Dios obra sobre el hombre con gracia sobrenatural.

Es vocación de Dios, vocación según el intento de Dios; el hombre llamado a un fin sobrenatural, debe ser llamado por vocación sobrenatural. De lo contrario, sería vocación puramente humana y no de Dios, la que ninguna relación tuviera con el orden sobrenatural de la gracia. Si no interviniera más que la elección del hombre, la vocación sería humana, para ser divina esta elección del hombre, debe estar trabajada por la gracia. Esta gracia de hecho es la elección divina. (P. Trullás, *ib.*).

San Alfonso María de Ligorio, en su obra «*La Vocación Religiosa*» (cap. I), dice así: «El llamamiento de Dios a la vida perfecta es una de las mayores gracias y más señaladas que Dios puede conceder». Los mismos Santos Padres arriba mencionados, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo y S. Basilio, al decirnos que la vocación se concedía a los que la *querían*, la *deseaban* y la *pedían*, no han dejado de llamarla DON y PRIVILEGIO de Dios. Porque también el querer, desear y pedir suponen la gracia de Dios. El que esta gracia esté dispuesta para todos los que la quieran, la deseen y la pidan a Dios, y exija por requisito la elección del hombre, no impide que se llame y sea una verdadera elección de Dios. La elección humana está subordinada a la divina y toda su eficacia la recibe de ésta, mientras que la elección divina es la única independiente, al atemperarse a la voluntad humana, obra libremente y porque dispuso desde la eternidad obrar y proceder así con la voluntad libre del hombre, y es ella la que dije con, anterioridad de tiempo y de causa.

Este es, según parece, el sentido de las palabras de Cristo: «No todos alcanzan la fuerza de este consejo, sino solamente aquellos a quienes les ha sido dado». (Math, XIX, 13).

Así es también como pudo decir: «No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros». Joan, XV, 16).

Y porque El determinó libremente ofrecernos y darnos su gracia, que es una virtud completamente fuera del alcance de las fuerzas humanas, bien puede decir Jesús que es El quien nos elige, y, cuando nosotros elegimos, por ser El quien trabaja aquella elección, bien puede llamarla más suya que nuestra.

Sin embargo, un religioso, v. g., puede decir con toda verdad que es religioso porque quiso libremente serlo, y añadir a continuación sin desmentirse, que lo es por la misericordia y favor de Dios; con lo cual no contradice lo que afirmó Jesucristo hablando de la elección de sus Apóstoles. (Trullás, ib.)

V. La fuerza de la autoridad

Sin quitar nada a lo expuesto hasta aquí, debemos añadir que una de las grandísimas garantías y seguridades de la vocación está en la autoridad de los Superiores respectivos. Ha blando en concreto de la vocación al sacerdocio, dice el Papa Pío XI: «La vocación se revela en la rectitud de intención del aspirante al Sacerdocio, unida a aquel conjunto de dotes físicas, intelectuales y morales, que le hagan idóneo para el estado sacerdotal». Encíclica *Ad Catholici, Sacerdotii*). De lo cual ha de dar testimonio su Superior.

El canon 538 del D. C. dice: «Puede ser admitido en religión cualquier católico, exento de legítimo impedimento, que tenga recta intención y sea idóneo para levantar las cargas de la Religión».

Representando a Dios allí el Prelado y aquí el Superior respectivo, han de certificar de las susodichas condiciones, que darán garantía a la validez de su ordenación y profesión.

Así dice el abad Fabre en su «*Catecismo de vida Religiosa*» (cap. IV), con estas palabras: «El llamamiento de los Superiores que, después de examinado el sujeto, lo hallan con las aptitudes requeridas y lo admiten a la vida religiosa, es importantísimo y puede considerarse como auténtica señal de vocación».

«También debe tenerse en gran consideración el consejo u opinión del propio confesor. Sería manifiesta imprudencia el pretender seguir adelante sin contar con él» (ib.).

Débase, sin embargo, tener en cuenta la diferencia entre un confesor desconocido y nuevo y el confesor habitual y conocedor del alma que consulta, en todo lo referente a su vida, sus disposiciones, su espíritu, sus aptitudes, etc.; máxime, si a la vez es director y confidente de ella.

Una consulta a un desconocido no deja de tener su peligro, porque cosa difícil es que en un momento el confesor, por sabio y experimentado que sea, se haga cargo de aquellos detalles interesantes que integran las condiciones de una vocación. Su autoridad, aunque resuelva categóricamente y dé un *sí* o un *no* decisivo, no parece de suficiente garantía.

Las condiciones de una vocación *inicial* y *completa*, en la forma que se han indicado arriba, sometidas al examen y criterio de un experto, requieren su tiempo de estudio.

Se puede opinar, con la máxima probabilidad de acertar, que, fuera del caso de un hombre muy de Dios, santo e inspirado, no es acertado recurrir a un extraño para asegurar la vocación. Tampoco dejará de ser un tanto temerario el que un confesor, sin haber precedido consulta bien meditada, sólo por la escueta noticia de una simple confesión, se adelante a definir el porvenir y la vocación de un alma desconocida.

Los mismos Superiores respectivos, como ha dicho arriba, no lo hacen, sino después de un concienzudo examen de las condiciones de cada candidato, para lo cual, debidamente y muy a tiempo, se informan y asesoran por fuentes fidedignas.

Grande y segura es la fuerza de la autoridad; pero ésta no debe manifestarse sin antes haberse fundado en el más completo conocimiento de las condiciones y disposiciones del sujeto. Mucho daño hacen estas inopinadas y repentinas resoluciones que categóricamente se pronuncian, proponen y adelantan a las almas, cuando éstas no se habían todavía puesto siquiera a pensar sobre la materia.

El Señor, que es dueño y conocedor de las conciencias, bien pudo decir alguna vez: «Sígueme». Mas, no lo hizo así siempre, sino que lo dejó a la reflexión y libre elección del interesado, cuando dijo: «Si quieres». «El que quiere»...

Rara vez, en tales casos, existirá una obligación estricta de obedecer a tales intimaciones y proposiciones, que ya en algunas personas no dejan de ser demasiado interesadas. Y aquí, la «rectitud de intención» que exige el Papa Pío XI y el Derecho Canónico en el aspirante, débese también exigir a la autoridad que habla en nombre de Dios.

La pérdida, equivocación o desvío de una vocación no siempre se deben culpar al interesado, sino también a los *interesados* que la rodean, la solicitan y, tal vez, la fuerzan y violentan.

«No, es menester, dice San Ligorio (*Vocación Religiosa*, pág. 20), someter nuestra vocación a un examen de diez doctores para saber si debemos o no seguirla; lo que sí importa mucho es corresponder y cultivar el primer movimiento de la inspiración divina».

VI. Importa seguir la vocación

Sinaí y la montaña de las Bienaventuranzas son dos cosas muy distintas. Allí Dios promulgó la Ley entre truenos y relámpagos; su cumplimiento es de estricta obligación. En el monte de las Bienaventuranzas promulgó Jesús los Consejos Evangélicos, las Bienaventuranzas. El mismo Señor hace distinción entre la Ley promulgada en el Sinaí, escrita en tablas de piedra, y la perfección predicada amorosamente en la montaña santa. El Señor da la Ley con soberano Imperio, el Señor llama a la perfección con amorosa invitación.

Excepcionadas, pues, aquellas vocaciones reveladas de modo extraordinario, con caracteres de una elección especial, o aquellas otras que, por circunstancias especiales y condiciones particulares de la persona, exigen el cumplimiento de los consejos evangélicos; el seguimiento de la vocación ordinaria, general y corriente, de que aquí tratamos, no obliga bajo pecado grave.

En su *Compendio de Teología Moral*, Sección del Estado Religioso, dice el Padre Arregui: «No peca gravemente quien se resiste a entrar en Religión, aunque se sienta llamado especialmente, si no ve claro en eso el medio único o casi único de salvarse».

Por eso cabalmente se llaman *Consejos* y no *Preceptos* todas las virtudes y ejercicios que abarca la perfección evangélica. Si todo fuera de estricta obligación, no habría lugar a diferencias entre los *mandamientos* y los *consejos*. Por eso, la Ascética distingue entre unos y otros.

«Si examinamos la obligación en sí misma y en su naturaleza, dice S. Alfonso M^a de Ligorio, no hallaremos tal obligación bajo pena de pecado mortal. El llamamiento a la vida religiosa no es de precepto, sino de consejo. Es honor que se nos propone, pero que no se nos impone».

Sin embargo, va el mismo Santo Doctor explicando extensamente lo mucho que importa seguir la vocación, y dice entre otras cosas: «Si queremos *salvarnos*, menester es que, al tratar de elegir estado, sigamos las inspiraciones de Dios, porque solamente en aquel estado a que nos llama, recibiremos los necesarios auxilios para alcanzar la salvación eterna». Ya lo dijo San Cipriano: «La virtud y gracia del Espíritu Santo se comunican a nuestras almas, no conforme a nuestro capricho, sino según las disposiciones de su adorable Providencia». Y San Pablo: «Cada uno tiene de Dios su propio don». Lo cual explica Cornelio Alápidé:

«Dios da a cada uno la vocación que le conviene, y le inclina a tomar el estado que mejor corresponda a su salvación». Y esto está conforme, dice el Santo, con el orden de la predestinación. A la vocación va unida la justificación y de la justificación depende la glorificación; el que trastorne este orden y rompa esta cadena de salvación, se perderá. Trabajará mucho y se fatigará, pero en medio de sus fatigas y trabajos estará siempre oyendo aquella voz de San Agustín: «Corres bien, pero fuera de la senda».

«Es que el llamamiento de Dios a vida más perfecta es una de las gracias mayores y más perfecta es una de las gracias mayores y más señaladas que Dios puede conceder a un alma, y por eso, con sobrada razón, se indigna contra el que las menosprecia». «Desdichado aquel que contraría los planes del Hacedor. (Isaías, XXX)». «¿Quién jamás resistió a Dios que quedase en paz ? (Job, IX, 4) ».

«Se verá, además, privado de los auxilios especiales y abundantes que necesita para llevar vida competente y arreglada. Esta es doctrina del teólogo Habert que dice así: «No sin gran trabajo alcanzará la salvación, y vivirá en el seno de la Iglesia, como miembro dislocado del cuerpo humano, que penosamente y con mucha imperfección podrá desempeñar su oficio». «Por donde se puede concluir con el mencionado teólogo, que, aunque absolutamente hablando se puede salvar esta alma, con dificultad, sin embargo, entrará en la senda de la salvación y escogerá los medios que a ella le conducen».

«¡Cuántos ejemplos prueban esto! ¡A cuántos desventurados jóvenes veremos condenados en el día del juicio por no haber obedecido al divino llamamiento!». «Estos tales, como rebeldes a la luz divina, según dice el Espíritu Santo (Job, XXIV, 13), «no conocieron los caminos de Dios» y en justo castigo se verán privados de ella y, por no haber seguido el camino que les había trazado el Señor, andarán ciegos y desconcertados por los

senderos que sus gustos les abrieron, hasta llegar a caer en el fondo del precipicio».

«Por tanto, cuando el Señor llama a un alma a estado de perfección, si no quiere arriesgar su eterna salvación, debe obedecer, y obedecer sin demora. Las luces que el Señor nos comunica son pasajeras y no permanentes; por esto nos aconseja Santo Tomás, que respondamos sin tardanza a los divinos llamamientos. Y a tanto llega aquí el Santo Doctor Angélico, que se atreve a decir, que, aunque la vocación la inspirase el mismo demonio, aún en este caso habla que seguir su consejo, por ser excelente» (2).

Y san Juan Crisóstomo dice que, cuando Dios nos favorece con semejantes inspiraciones, exige de nosotros tan pronta obediencia, que ni por un instante vacilemos en seguirla. La razón es, porque Dios, cuando ve a un alma rendida a su voluntad y mandamiento, se complace en derramar sobre ella a manos llenas sus gracias y bendiciones, y, por el contrario, las dilaciones y tardanzas, le desagradan tanto, que luego le encogen la mano y le obligan a alejarse con sus luces y gracias, dejando al alma casi abandonada y sin fuerzas para seguir los impulsos del llamamiento divino».

«Por eso vuelve a decir el Crisóstomo que, cuando el demonio es impotente para hacer abandonar a uno la resolución de consagrarse a Dios, se esfuerza por estorbarle que la lleve luego a la práctica, seguro de sacar no poco provecho, cuando consigue que se prolongue».

Toda esta doctrina es de San Alfonso María de Liguorio, recogida de su libro *«La Vocación Religiosa»* (cap. I).

² (1: *Nota en el Folleto*) Por más diligencias que hemos hecho, no nos ha sido posible dar con el texto que cita aquí San Alfonso; no obstante, lo Mantenemos por la autoridad de quien lo aduce y hace suyo.

SEGUNDA PARTE

VOCACIÓN ALIADA

VII. ¿Hay vocación aliada?

Esta pregunta hoy casi no tiene razón de ser. Es terminante y claro que la Alianza es vida de perfección y de santidad, y a ella tienen obligación de aspirar todas las almas que quieren pertenecer a esta Obra. Luego debe haber vocación aliada.

Todo lo dicho hasta aquí, en la primera parte, es prueba clara y contundente de esta afirmación...

Los autores que hemos citado arriba, confunden la palabra *vocación* y *llamamiento* a la perfección evangélica, las manejan indistintamente, y su término es la *perfección evangélica*.

«El que empieza a ejercitarse en la guarda de los consejos evangélicos, entra en el camino de la perfección...; el que se consagra a Dios por voto, particularmente si éste es aceptado o reconocido por la Iglesia, se constituye en estado de perfección». (Trullás, «¿Qué quieres ser?», pág. 32).

«Un joven se acerca a Jesús y le pregunta: Maestro, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna ?... Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los *mandamientos*...

Todos esos los he guardado desde mi juventud, ¿qué más me falta?... Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes..., y ven y, sígueme.» (Matth. XIX).

Jesús distingue: a) Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos...; b) si quieres ser perfecto, guarda los consejos evangélicos.

«Jesús, mirándole de hito en hito, mostró quedar prendado de él» (Marc. X), le amó y le *llamó* a la perfección; fué una vocación directa³.

Noldin, notable, y prestigiosísimo moralista, (tratado *De Praeceptis*), dice: «que sólo existe vocación especial de Dios para el estado clerical, el religioso y la *virginidad en el siglo*».

Ahora bien, el triunfo de la pureza virginal en el mundo es el fin específico de la Alianza. El ejercicio práctico de esta virtud es toda la vida de la Alianza, siendo su apostolado especial el de formar almas y ambiente en favor de esta virtud; luego esta Obra requiere una vocación especial de Dios.

Todo lo cual queda confirmado con las palabras de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, que en su parte expositiva, hacia el final, dice: «Habiendo dado buena prueba de sí los más antiguos de tales Institutos, y habiendo comprobado suficientemente con obras y hechos, por la severa y prudente selección de sus socios, por la cuidadosa y bastante larga formación de ellos, por la adecuada, a la vez firme y ágil, ordenación de la vida, que también en el siglo, con el favor de una *peculiar vocación* de Dios y el auxilio de la divina gracia, se podía obtener, ciertamente, una consagración de sí mismo al Señor bastante estrecha y eficaz...».

³ (Nota en folleto) La Alianza es un llamamiento a la perfección evangélica luego la Alianza es vocación.

Ahora bien, la Alianza, entroncada en los Institutos Seculares, por su naturaleza, forma y fines, es Obra a la que debe aplicarse todo el texto citado, siendo bien comprobada con hechos, por la severa y prudente selección de sus asociadas, por la madura y bastante larga formación de su vida en el siglo, con el favor y auxilio de la divina gracia, y por la perfecta consagración de sí misma al Señor.

La Alianza, en efecto, tiene hoy una orientación clara y definida hacia la vida de perfección evangélica, por la consagración de sus miembros a Dios, mediante el ejercicio de las virtudes cristianas y *práctica de los votos*, que le dan estabilidad, firmeza y eficacia en su peculiar vida, en plena conformidad con lo que el Santo Pontífice añade en la citada Constitución, a saber: «Pensando Nos una y otra vez todas estas cosas en nuestro corazón, por obligación de nuestra conciencia y por el paternal amor que profesamos a las almas que tan generosamente buscan la santidad en el siglo, y guiados de la intención de que se pueda hacer una sabia y rígida discriminación de las sociedades y se reconozcan como verdaderos Institutos *sólo aquellos que profesen auténticamente la plena vida de perfección...* determinamos y decretamos, etc.».

De donde claramente se deduce que, para almas que se proponen abrazar esta vida, tanto como para los diferentes grados y clases de la vida religiosa, es necesario suponer una *vocación peculiar de Dios*.

Y hasta la misma razón nos confirma en esta verdad; porque, si la Alianza es obra de Dios, y ésta se halla confirmada por la voz unánime del Episcopado Español, Dios, al hacer o inspirar una de sus obras predilectas, ha debido predestinar, con la gracia de una vocación peculiar, las almas que la han de integrar. Luego las verdaderas hermanitas, que abrazan la vida de la Alianza, para vivir perpetua o indefinidamente la perfección evangélica *aliada*,

son o deben ser almas llamadas por Dios a ella, con una vocación especial y concreta, como lo es la Obra misma de la Alianza.

VIII. Diferentes vocaciones

Son muchas las vocaciones, y no todas son iguales. Cada vocación tiene sus grados, como los tiene la vida que se trata de abrazar en cada una.

La simple vocación sacerdotal, no puede ser lo mismo que la vocación episcopal. No a todos los que Dios ha llamado al Sacerdocio, llama al Episcopado. Esta vocación requiere condiciones y disposiciones, gracias y dones del Espíritu Santo diferentes y especiales que la simple vocación sacerdotal.

La Trapa, el Carmelo, la Compañía de Jesús, la pobreza franciscana, el espíritu misionero de Claret, la locura por la juventud de Calasanz, de Don Bosco, etc., requieren su disposición y don especial, en la medida y forma que la respectiva vida de tales Órdenes e Instituciones lo exige.

Así nos lo dice San Pablo: «Cada uno tiene de Dios su propio don, quién de una manera, quién de otra». (I Cor. VII, 7). «Hay diversidad de dones del Espíritu Santo..., hay también diversidad de ministerios (u oficios)... hay diversidad de operaciones sobrenaturales... y se dan a cada uno para común utilidad. Así el uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con profunda sabiduría; otro recibe.... el don de hablar con mucha ciencia; a éste le da en el mismo Espíritu, la fe..., repartiéndolas a cada uno según quiere.

Porque, así como el cuerpo humano es uno y tiene muchos miembros... y todos son de un solo cuerpo, así también el cuerpo místico de Cristo...» (I Cor. XII).

Cada vocación tiene su *don* y su *puesto*, y cada puesto tiene su don en la medida que le corresponde. Mi elección no está en el puesto, sino en el don que Dios me ha dado. Mi santidad no está en que yo quiera lo más alto, sino lo que es conforme a mi disposición y al don recibido.

«Si todo el cuerpo fuese ojo, añade San Pablo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato?... Mas ahora ha dispuesto Dios en el cuerpo muchos miembros y los ha colocado en él como le plugo». (I Cor. XIII).

De modo que el dedo no pretenda ser ojo, porque no sirve para ello. Examinemos y midamos nuestro propio don. Si Dios quiere que seamos ojo y tenemos don para ello, no lo desperdiciemos, aspiremos a ser ojo; mas, si quiere que seamos dedo, no pretendamos más; en la humildad guardemos y fructifiquemos con el don recibido; porque «aquellos miembros que parecen los más débiles del cuerpo, son los más necesarios», añade el Apóstol (ib.).

El *estado* de perfección no nos regala la santidad, sino la *fidelidad* a lo que el respectivo estado nos pide. Si mi vocación se equipara con el pasaje de los cinco talentos; otros cinco me exigirá el Señor para ser perfecto, si fueron cinco los que yo recibí; si sólo fueron dos o uno, ya no necesito ganar cinco, con dos o uno puedo ser perfecto.

Recordemos lo que decimos en el cap. III del *Manual de Formación Aliada*: «No está la santidad en que uno, sin consultar con Dios, elija el más alto estado de vida, sino que en aquél, al que Dios le llama, alcance los grados de caridad, que allí se le determinan por Dios. La capuchina no será santa, si no responde a las gracias y grados de caridad que en tal estado se exigen.

Y la muchacha de servicio lo será, si responde a los que en tal estado y oficio se le piden».

Como dijo la Santa de Lisieux, en el cielo hay muchas moradas, que responden a muchas y diferentes vocaciones; en el número de ellos está sin duda la vocación aliada; mídase cada cual por la que guarde proporción con su propia disposición y su don. La Alianza no será ojo, ni lengua; será más bien un dedo, pero *miembro perfectísimo del Cuerpo místico de Cristo*.

IX. Características de la vocación aliada

Cada vocación tiene su sello característico, su diferencia específica, que guarda consonancia, con las gracias y dones con que la distingue el Señor.

En la Alianza encontramos varias; la más destacada es la guarda y el apostolado de la virtud angélica en medio del siglo.

A) La CASTIDAD VIRGINAL con su voto, en sí, no es característica *especial*, sino *general* de toda vocación o llamamiento a la perfección evangélica; mas la preponderancia que se da a ella en la vida de la Obra, el amor especial que a esta virtud se profesa y el ejercicio y práctica especial que de ella se exige en la vida seglar, en medio del mundo, junto con el apostolado que por su triunfo se pide en la Alianza, constituye la nota específica y característica de esta vocación.

La castidad es condición de toda vocación, cuya seguridad es el voto; pero el amor y ejercicio especial de la castidad en medio de la corrupción del siglo y su apostolado en las almas, como ideal sobresaliente y preponderante, es su característica en la Obra.

La Alianza ha hecho, como *especial vida suya* y de todos sus miembros, el gran Consejo del Maestro Divino sobre esta virtud, y tan especial como sus prerrogativas y excelencias lo merecen.

Y para que se vea que en ello no vamos exagerados, nos permitimos comentar las palabras del gran apóstol San Pablo, que son la explicación más exacta de las del Maestro Divino.

Aprovechando una de las mil emboscadas que los fariseos preparaban a Jesús, que esta vez era sobre el divorcio, hizo Jesús maravillosa apología del celibato y de la virginidad.

A este divino consejo del Señor se refiere el Apóstol, cuando dice: «En orden a las vírgenes, precepto del Señor no lo tengo; doy sí consejo, como quien tiene conseguida del Señor la misericordia de ser fiel ministro suyo.

Juzgo, pues, que este estado es ventajoso, a causa de las miserias de la vida presente; que es, digo, ventajoso al hombre no casarse»...

...«Lo que digo, hermanos míos, es: que el tiempo es corto y, por tanto, lo que importa es que aun los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen... Yo deseo que viváis sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene mujer, anda únicamente solícito de las cosas del Señor, en lo que ha de hacer para agradar a Dios. Al contrario, el que tiene mujer, anda afanado en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a la mujer, y así se halla dividido. De la misma manera, la mujer no casada, o una virgen, piensa en las cosas de Dios... Y digo esto para provecho vuestro y no para echaros un lazo... sino para exhortaros a lo más loable»... «En suma; el que da su hija en matrimonio obra bien; más el que no la da, obra mejor». (I Cor. VII).

San Pablo explica las divinas enseñanzas y puntualiza los motivos principales que tiene para consagrarse a la práctica de virtud tan excelente, y son: la libertad de espíritu con que las vírgenes pueden dedicarse, con entero y no dividido corazón, al

servicio divino; y la mayor facilidad de conseguir su personal perfección, siendo santos su cuerpo y su espíritu. A estos dos motivos que son los principales, añade el Apóstol una alentadora exhortación a la virtud con el siguiente elocuentísimo razonamiento: «La vida es fugaz y breve; todo en ella cambia, pasa, desaparece y se disipa.

Nuestros días están contados, la muerte nos acecha a cada instante, la eternidad se avecina y el porvenir está preñado de inseguridad e incertidumbre. Justo es, pues, que apartando nuestro pensamiento y nuestro corazón de los bienes caducos de este mundo, nos consagremos, descuidados de todo terrenal afecto, a la unión con Dios, a su amor eterno y a la consecución de los bienes eternos. Y pues la virginidad, que yo os aconsejo, es tan ventajosa que os ayuda a desasir el espíritu de las cosas de la tierra y lo prepara y dispone para ocuparse, sin estorbo, de los supremos intereses del cielo, no vaciléis un momento, no dudéis consagraros a ella; pues los bienes de este mundo pasarán y como sombras se desvanecerán; pero los bienes de la virginidad serán eternos y su corona hermosa no se marchitará jamás».

Ese es el sentido de las palabras del gran Apóstol; así predicaba a los fieles todos; quería que los que fuesen capaces de poseer este don lo abrazasen con fervor y entereza. Y con tales pregones a nadie extrañará que en aquellos tiempos la virginidad fuese mil veces preferida, y que su guarda exquisita constituyera el ideal de toda alma generosa.

Y Pablo tuvo seguidores e imitadores en esta valiente cruzada. Ningún siglo de la Iglesia ha dado pregoneros tan invictos e intrépidos de la castidad virginal como los primeros siglos que siguieron al Apóstol casto. Parece más bien como una especie de culto que el cristianismo tributó en aquellos tiempos a la celestial virtud de la virginidad.

Pues bien, este *amor y culto* a la pureza virginal es la primera característica de la *vocación aliada*.

A ella une la exquisitez y perfección con que cada uno de los miembros de la Alianza está obligado a *guardarla*, sin omitir, para conseguirlo, medio alguno ordenado a este fin.

El ejercicio de esta virtud en el mundo y el empleo de los medios conducentes a este objeto, dan a la vida de la Alianza su peculiarísimo sello.

La castidad en la vida religiosa es algo connatural a la misma y que todo el mundo supone y respeta; por eso su guarda, previo este ambiente y veneración general, no ofrece tanta dificultad. Mas que la Alianza viva su vida en medio del mundo, guardando todas las relaciones con la sociedad civil y ocupando dentro de ella todos los oficios, cargos, empleos y carreras compatibles con su sexo y condición, sin distinción alguna exterior de las demás mujeres, y en oposición y lucha con la mayoría de ellas..., y, con todo, que sea tan pura como la religiosa (y más pura aún si cabe, porque así es su fin), necesariamente ha de ser empleando medios, defensas, ejercicios, mucho más fuertes, numerosos, eficaces y rigurosos, ordenados a este objeto; práctica y ejercicio que a la propia flaqueza ha de serle más costoso y difícil y cuyo fiel cumplimiento ha de reportarle victorias y gloria singularísima. Las luchas de estas almas a campo raso, sus incesantes combates contra la tentación y las ocasiones que les cercan por todas partes, no pueden compararse con las que también se libran en las que viven guarecidas por los muros del convento. De ahí que la castidad virginal, aun cuando por su naturaleza sea la misma, no puede ser de igual valor y belleza en los diversos campos en que se cultiva. He ahí un sello de la *vocación aliada*.

B) Cuanto acabamos de decir sobre la primera característica de la Alianza: la pureza virginal, débese también decir sobre EL TRIUNFO DEL AMOR.

Toda alma consagrada va al amor, y el triunfo de este amor es el supremo ideal de ella. Por amor a Dios y por amarle más y mejor, se viste el hábito y se encierra en el convento. Hace mucho que se amaba así al Señor en esos celestiales oasis de santidad, que llamamos conventos y casas religiosas; pero Dios no era así amado en medio de la calle. En medio del mundo se peca, pero en medio del mundo no se ama.

Desde que existe la Alianza, Dios –sinceramente lo creemos así– es más amado con amor virginal. Lo mismo que en el convento es amado en la calle, en la fábrica, en el taller, en la oficina, en la escuela, en el teléfono, en el campo y en la cocina.

Característica es de esta vocación el que el alma llamada por Dios a la Alianza no piensa, para amar a Dios, en la soledad del convento, sino todo lo contrario, se lanza al bullicio del mundo para amarle allí con locura. Un alma, con vocación aliada, siente en su corazón virginal ardores incontenibles para amar y buscar amadores que quieran amar a Dios en medio del mundo, hasta llegar a su completo triunfo en todos los confines de la tierra, de suerte que no quede ni pueblo, ni casa, ni rincón donde no sea amado el Señor.

El alma aliada es una virgen *especializada* en la escuela del amor puro y sobrenatural, y en tal intensidad y de tal manera dispuesta, que no necesita esperar la hora del silencio, del Sagrario, de la celda, de la soledad, sino que el mismo bullicio y vértigo y algarabía mundanal la inducen y arrastran a amar a Dios en todas partes y en todos los momentos. He ahí otro sello de la *vocación aliada*.

C) ESPIRITUAL LEVADURA. La Alianza quiere ser una vigorosa levadura evangélica y cristiana.

La masa del cristianismo necesita hoy poderosos fermentos para que se levante y viva su vida: Un trozo de levadura caerá en un taller, otro en una oficina, otro sobre un mostrador, otro en una escuela, etc., y hará fermentar a las masas a que alcance su influencia.

Uno de los fines de la Alianza es la creación de estos fermentos vitales, para infundir vida cristiana a la masa medio muerta, hasta que ésta goce de la misma vida que el fermento. Levadura de pureza en el lodo, levadura de piedad ardiente en la rutina y tibieza de las almas, levadura de espiritualidad sobrenatural en el semipaganismo cristiano, levadura de caridad en el egoísmo insensible, levadura de santidad en tierras de pecado y libertinaje...

Más todavía; la Alianza *sana* tiene todos esos campos que fermentar; pero la Alianza *doliente*, la de las hermanitas enfermas, tiene el suyo en los Hospitales, Sanatorios, Lazaretos, que necesitan de estos fermentos activos y eficaces para que en las masas dolientes resucite la *vida* de Dios.

De modo que, cualquiera que sea la suerte de las hermanitas de la Alianza, éstas ocupan siempre el puesto señalado por Dios, para que cumplan el fin de su *vocación* de *fermentadoras* entre cristianos sanos y enfermos. Por vocación irá una al taller, otra a la oficina, otra a la tienda, otra a la escuela y... otra a la cama de un hospital...

Desde un Sanatorio escribe un Obispo misionero: «No encuentro palabras con que poder transmitir mi gratitud a esas almas-incensarios, almas-hostias, almas-azucenas, almas-apóstoles (almas-levaduras, añadiremos nosotros) que silenciosamente... riegan, fecundan y embalsaman la semilla arrojada por los apóstoles y militan bajo la bandera de la *Alianza en Jesús por María*. Pido al buen Jesús que las recompense con

aumento de *pureza, amor y sacrificio*, que es decir, con aumento de *fecundidad* a la semilla esparcida por los misioneros...».

No es, pues, un sueño; es una realidad palpable que reconocen los que han tenido la suerte de ver con sus propios ojos la fuerza y poder de esta levadura evangélica cristiana.

Y no se trata solamente del apostolado del *ejemplo*, que buen apostolado es, como la Alianza lo va mostrando en tantos años; si no que al ejemplo va unido algo más positivo y real: La virginidad y el amor virginal atraen de un modo especial las miradas, las ternuras, las misericordias, los amores de Dios; ellas (las hermanitas) son los sagrarios vivientes de Cristo Jesús; donde están ellas, está El, infinitamente amable e infinitamente asequible, y por ellas entra El en un taller, en una oficina, en una escuela, en una cátedra, en un hogar, en un hospital en un tugurio. Y la levadura que allí se infunde y se mezcla es levadura divina, cuya eficacia es omnipotente.

La aliada no es solamente misionera a lo Teresita, sino que sale, camina, entra, se acerca y se pone en contacto real con las almas, y para ellas, es hostia, es víctima, por ellas se inmola y se ofrece; pero además, lleva consigo una auténtica hostia, una auténtica víctima, que se ofrece en el altar de su virginidad, y ella misma la ofrece juntamente consigo.

He ahí un nuevo sello de la *vocación aliada*.

D) Características tuyas son también la defensa de la inocencia y formación cristiana de las niñas, los servicios del sacerdote en su casa, el apostolado parroquial, etc...

De lo dicho se deduce que no es llamada a la Alianza cualquier alma que, dentro del estado de virginidad quiere consagrarse a Dios, sino aquellas que se sienten con suficiente fuerza, valor y tesón para vivir esta vida de perpetua consagración en medio del mundo, locamente enamoradas de las

virtudes que en la Obra son fundamentales, devoradas por un celo especial a las almas.

X. Señales de esta vocación

1ª) *Recta intención.*—De las definiciones insertas en la primera parte de este folleto se deduce, que es condición indispensable de una vocación, y, por consiguiente, distintivo y señal de ella, la intención recta del alma que aspira a la perfección. (Arregui, «Status relig. »).

Esta intención consiste en que la Obra no se tome como recurso de un porvenir material, una solución del problema de la vida, un medio de asegurarse el día de mañana, sino como ideal de santificación, camino de perfección, defensa de la vida cristiana, de la fe, de la virginidad, como campo apetecido de apostolado por las almas, etc...

La Alianza no es una sociedad de seguros de vida, sino una Institución de perfección evangélica, y el primer intento de toda, alma que aspira a ella ha de ser de santificación.

2ª) *Disposiciones naturales,* o dones de orden natural que Dios da para que con ellos le sirvamos, los cuales deben estar en armonía con la vida que se abraza.

Disposiciones físicas y morales: *Físicas,* porque, siendo la Alianza una Obra externa y su campo la sociedad civil, dentro de la cual debe desarrollarse su vida, es necesario que sus miembros carezcan de impedimentos y deformidades que rebajen, desluzcan y causen desestima, desprecio y antipatía a la Obra.

Morales: suficiente talento, equilibrio mental, capacidad para conocer y entender .los deberes que la Obra impone, docilidad de

carácter, y no carácter quisquilloso, indolente o excesivamente intolerante o vidrioso; voluntad, decisión, arranque de abrazar, seguir y practicar la vida con sus deberes.

3ª) *Disposiciones espirituales sobrenaturales*. Vida de piedad y amor a ella, posesión de virtudes propias y especiales de la Obra, siquiera en principio; grande amor al lema de la Obra, algún cultivo y práctica de las virtudes *cardinales* y básicas de la Alianza, dominio de los sentidos, de aficiones y de pasiones, hábito de lucha, garantía suficiente de tiempo en el ejercicio de la virtud angélica, luchando por ella en el mundo.

4ª) Señal de vocación es, según dice Bernardo Cueva, S. M., en su obrita *El Maestro te llama*, «el amor a Jesucristo, amor al apostolado, amor a la vida interior».

La hermanita ha trocado todos los amores que el mundo brinda, por los amores de Jesucristo. Si esta alma, en el choque diario y constante del mundo que la provoca, ha mantenido firme y victorioso, durante varios años, su amor a Jesucristo, bien puede creerse que tiene vocación aliada; máxime si ella ha puesto su santa ilusión en demostrar ese amor a Cristo en medio del mundo, ahí donde Él no es amado. Amor puro, virginal y santo en el choque de todos los amores sensuales, corrompidos y paganos que predominan en el ambiente grosero del siglo.

Si a este amor sigue el amor al apostolado, que es marcadamente y con preferencia apostolado en favor de almas blancas, en quienes se busca el triunfo de las virtudes aliadas, se acentúa más la señal de esta vocación.

Y si a estos amores sigue el amor a la vida interior, al recogimiento, a la intimidad del alma con su Dios en el santuario de *sí misma*, y gusta de *especializarse* en esta vida interior recogida e íntima en medio de la baraunda⁴ de los mil objetos que la vida

⁴ (Ortografía correcta en su día.-Nota de la transcripción)

del siglo ofrece, ahí cabalmente, en esa infernal algarabía de perturbadores de la paz y sosiego espiritual, en la calle, en el trabajo, trata ella de esconderse dentro de sí, y eso siente y eso le llama y eso la encanta; la señal es inequívoca.

5ª) Y *¿la simple inclinación natural?* — Dice el Padre Valencina (carta. XLVIII a Teófila): «La inclinación natural acompañada de la correspondiente aptitud del alma y del cuerpo, es señal de vocación religiosa, porque, como la gracia se acomoda ordinariamente a la naturaleza, Dios suele mostrar por medio de tendencias naturales e inclinaciones prematuras el estado o género de vida a que destina a sus criaturas».

6ª) Esto se confirma con la *oración*. Las cosas de Dios, como lo es en su fundamento el estudio de la vocación, se deben resolver preferentemente por medio de la fervorosa y continuada oración. A la vocación de los Apóstoles precedió una noche de oración en la soledad del monte. Cristo no quiso llamar a sus primeros sacerdotes sin previo recurso a la oración con su Padre. La joven que aspira a este Instituto de la Alianza, no debe contentarse con el estudio sereno de las señales que vamos apuntando; es, además, necesario que ore con recogimiento junto al Sagrario y a los pies de la Virgen Santísima. Señal segura de su vocación aliada será si en la incesante, humilde y devota oración, siempre, o con máxima frecuencia, predomina en su mente la idea de la Alianza y se siente como solicitada, inspirada y arrastrada hacia esta Obra. Pero, si lo es a otra clase de vida, merece la pena de que se detenga en ella y la estudié.

Con todo, dice San Francisco de Sales: «Para tener una señal de verdadera vocación, no es necesario que experimente una *constancia sensible*; basta sentirla en la parte superior, por lo cual no debe creerse que ya no es verdadera vocación, cuando el llamado, antes de realizada, no siente aquellos efectos sensibles que sentía en un principio, sino, por el contrario, siente

repugnancia y resfriamiento... Para saber si Dios llama..., basta corresponder y cultivar el primer movimiento de la inspiración».

7ª) *La decisión de los Superiores*, o sea, el llamamiento de los Superiores que, después de examinar bien al sujeto, lo hallan con las aptitudes requeridas y lo admiten a la vida religiosa el Abate Fabre «*Catecismo de la vida religiosa*») «es una cosa importantísima y puede considerarse como auténtica señal de vocación». «Importantísimo es también, prosigue el mismo autor, el consejo del confesor, y sería imprudentísima la aspirante que pretendiera seguir adelante sin contar con él».

No obstante, sin ánimo de mermar en nada la autoridad del insigne escritor, debemos recordar lo dicho en otra página: que esta decisión de los Superiores y el consejo de los confesores supone, como atinadamente lo dice él mismo, un examen concienzudo y sereno de las condiciones, aptitudes, espíritu, sentimientos, inclinaciones, etc., del sujeto, que cabalmente constituyen la fuente única del juicio imparcial que ellos han de emitir sobre la vocación del candidato. De no estar inspirado por un don especial del Espíritu Santo, nadie puede resolver una cuestión tan delicada, de buenas a primeras, sin previo y prolijo examen de las intimidades de un alma.

Por eso, no compartimos el procedimiento de aquellas personas que, llevadas de pura simpatía, interés, celo indiscreto, amor desmedido a cierto estado de vida, sin dar lugar a ningún fundamento de garantía, definen categóricamente la vocación de un alma. Esa definición, ese llamamiento (mejor llamaríamos atraco en una encrucijada) no puede ser señal de vocación.

Muy distinta es la conducta de un superior que vigila los pasos de una joven, o de un confesor que, dando tiempo al tiempo, sin precipitación alguna, va observando con prudencia serena los continuos movimientos espirituales, los gustos y disgustos, las inclinaciones y repugnancias, las disposiciones

subjetivas, etc., de su dirigida, y luego, delante de Dios y de su propia conciencia, se pronuncia en favor o en contra de la vocación.

Aquí su voz es de máxima garantía y, en caso afirmativo, señal de verdadera vocación.

XI. Medios para conservar la vocación en el mundo

La vocación aliada es el llamamiento a la perfección en la *virginidad*; luego el secreto de todas las actividades de la joven aspirante consistirá en fomentar, en amar y en defender a costa de todo sacrificio, su angelical virginidad.

1º Todo lo que sea estudiar, meditar y empaparse en el conocimiento de esta virtud, es defender la vocación aliada, porque el conocimiento de esta joya nos lleva a su amor, y lo que de veras se ama, se guarda y se defiende. Muchas almas la pierden, porque no la conocen.

Toda alma que aspira a la Alianza debe, en primer lugar, apasionarse por esta virtud característica, manejando sin cesar todos los autores que traten breve o extensamente de ella. Siendo éste el primer paso en la Alianza, es necesario asegurarlo bien, grabando esta virtud en la mente y en el corazón.

La inmensa mayoría de las vocaciones fracasan por la pérdida, de esta virtud. Cuando esta virtud flaquea, flaquea también la vocación, y, cuando aquella se pierde, ésta desaparece. Es ésta la piedra de toque y una de las mejores señales de vocación.

2.º De lo dicho deducimos que todos los medios que ayudan a la guarda de la pureza angélica son medios para conservar la vocación.

a) *Huida del mundo*. Habla S. Alfonso M^a. de Ligorio: «Viviendo en el siglo basta una nonada para perder la vocación. Bastará un día de diversión o recreo, la carta de un amigo, una pasión poco domada, una aficioncilla desordenada, un temor vano, una tentación de desaliento; todo será harto suficiente para dar al través con todas las resoluciones de consagrarse a Dios. Por todo esto se comprenderá cuánto importa guardar recogimiento desprendiéndose de todas las cosas que saben a mundo. El que se disipe entre pasatiempos y distracciones, tenga por seguro que acabará por perder la vocación». (*La vocación religiosa*, cap. I).

La primera disposición de una joven con vocación aliada debe ser la renuncia al *mundo mundano*, no sólo para guardar en el momento su vocación, sino para perseverar en ella toda su vida, ya que toda la vida suya ha de vivirla en medio del mundo, y el mundo, no sólo va a ser obstáculo al principio de su vocación, sino también al medio y al fin. La disposición y postura de *espaldas al mundo*, que hoy se le exige para defender su vocación, será definitiva y para siempre, si quiere mantenerse segura y firme en su vocación aliada hasta la muerte. Las normas que el Divino Maestro dio a las primeras vocaciones que enviaba al mundo, sirven hoy para la Alianza: «Mirad que yo os envío como corderos entre lobos»... «Si el mundo os aborrece, sabed que primero... me aborrece a mí... No sois del mundo, sino que os entresaqué Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece». (Joan. XV). La Alianza vive en el mundo, pero no es del mundo, porque del mundo la ha entresacado el Señor.

Por eso, tajante es el Reglamento de la Obra en todo lo que se refiere a las relaciones de la Alianza con el mundo.

Lo cual se confirma bien con las palabras del piadosísimo escritor Fr. Ambrosio Valencina: «Una de las cosas que más contribuyen al sostenimiento de la vocación es el retiro del mundo y el alejamiento de las malas compañías. ¡Ay! ¡cuánto dañan éstas a la vocación! Una sátira de un amigo, una ironía de un pariente, una afición desordenada, tan fácil de contraer en las reuniones del mundo, un día de asueto, con personas poco temerosas de Dios, esas y menores cosas bastan a veces para trocar un alma, entibiar su corazón y hacerla perder la vocación».

Para juzgar, pues, de la vocación a la Alianza de una joven piadosa, es señal que no falla su *posición y postura con el mundo* y sus atractivos; y, si ella quiere conservarse segura y constante en dicha vocación, es requisito *esencial* la renuncia efectiva a las engañosas sollicitaciones del mundo.

b) *Vida de mortificación*. Se ha dicho arriba que el fundamento de la vocación aliada es la virginidad. La base de la perfección evangélica en la Alianza es esta celestial y angélica virtud. La santidad de una aliada comienza con *el triunfo de la pureza* en sí misma.

El triunfo de la pureza, en medio de un mundo sensual, corrompido y paganizado, exige violencias, luchas, guerra sin cuartel contra las inclinaciones de la carne. Tanto para principiar, como para proseguir y terminar su carrera de santidad, la hermanita de la Alianza necesita valerse continuamente del arma de la mortificación. La vida cómoda, los regalos de la carne, el cumplimiento de todos los caprichos, la libertad de los sentidos, el fantasear de la imaginación, sin más regla que el gusto natural, irremisiblemente llevan a perder la vocación.

No sobra en la Alianza el lema desagradable a la naturaleza: *Mártir en el sacrificio*; sin él no hay ni triunfo de la pureza, ni reinado del amor en estas almas.

A eso, cabalmente, obedece el que en la Alianza se hayan resguardado y hoy se resguarden, no sólo las vocaciones para la misma Obra, sino tantas y tan bellas vocaciones para las diferentes Órdenes y Congregaciones religiosas.

c) *La oración.*— Habla S. Alfonso María de Liguori: «Hay que tener presente. (Avisos sobre... pág. 31). El descuido de la oración y de la piedad trae por consecuencia fatal el enfriamiento y disipación del espíritu, el alma se debilita y las pasiones se envalentonan; el llamamiento de Dios a la santidad resulta cada vez más costoso, difícil y duro; el atractivo del mundo y de las criaturas es fascinador e insuperable... ¡Cuántas vocaciones se han eclipsado por haber descuidado la Vida de oración y piedad!»

d) *El recogimiento interior.* La vocación es una planta delicada; las primeras escarchas del otoño la secan. El derramamiento de los sentidos, la comodidad, la disipación interior, una vida distraída y derramada, producen necesariamente el tambaleo de la vocación.

Es un crimen (por tal lo calificamos nosotros) el someter una vocación, para probarla si lo es de verdad, a una vida de disipación, entretenimiento, diversión y vana y peligrosa exhibición. ¡Terrible va a ser la responsabilidad de muchos padres, que someten a una de estas pruebas peligrosas la vocación de sus hijas!

e) De lo dicho se colige que en la Alianza uno de los medios más seguros y eficaces para defender la vocación, tanto en su principio, como en el resto de toda la vida de aliada, es la fiel y constante *asistencia al retiro y viviendas* de la Alianza. La vocación se mantiene y se asegura y se acrecienta en su propio ambiente, y este ambiente se crea y se respira preferentemente en los Retiros de la Alianza. Una aspirante, y también una hermanita, al parecer bien asegurada en su vocación de aliada, si se retira y aleja de su rincón amado, pronto perderá su vocación.

f) *El caso especial de la Alianza*. Las demás vocaciones peligran de modo especial, aunque no único, en el tiempo en que se están preparando para ingresar en la vida religiosa; una vez allí, los peligros no son tan expuestos y difíciles de superar. En la Alianza, el peligro de perder la vocación no cesa nunca; aun cuando la aliada lleve años en la Obra, vive en peligro.

Los peligros de perderla siempre están al acecho, si bien para eso el Señor dispone para ella de gracias proporcionadas.

A la hermanita siempre se le *exige* una vigilancia especial y un cuidado exquisito, si no quiere exponerse a perderlo todo.

XII. ¿Tendré yo vocación aliada?

Al llegar a éste último apartado, joven cristiana, si leíste con atención todo lo que precede, habrás hecho tal vez a tu alma esta pregunta: «¿Tendré yo vocación aliada?»

Van aquí, como final de nuestro trabajo, una serie de preguntas, a que tú, delante de Dios y de tu conciencia, debes responder; esa respuesta te dirá si la tienes o no.

A) Mira, ante todo, qué intención te guía al estampar esa pregunta y pensar en el ingreso de la Alianza. Dime: ¿eres alma generosa, que aspira francamente a la perfección evangélica? ¿quieres ser santa de veras y decididamente? ¿quieres consagrarte a Dios, ser suya, entera y totalmente suya? ¿Te contentas acaso con una medianía, con un pasar decoroso en las filas de la sociedad cristiana? ¿eres de las almas corrientes, piadosa a tu gusto, a tu capricho? ¿encuentras en el Reglamento de la Alianza algún artículo que te parece fuerte y quizás

exagerado? ¿si se te dejara hacer tu gusto, modificarías alguno? Al contrario, ¿te llena y satisface todo lo que la Obra encierra y dispone? ¿Estás dispuesta, aunque la naturaleza proteste, a cumplirlo todo con la mayor exactitud? ¿ves ahí tu camino, tu ideal?

B) ¿Amas con locura la pureza virginal? ¿estás pronta a luchar por su defensa? ¿Tienes algún hábito de castigar la carne, o eres regalona? ¿dices, como las primeras vírgenes: «Antes muerta que manchada»? ¿dispuesta a ser mártir de la pureza, como María Goretti? ¿Acaso te seduce el mundo, flaqueas y alguna vez condesciendes con la diversión, el espectáculo, la moda, el espejo, la vanidad? ¿Eres de las que encuentran compatible la santidad con el *yo mimado*, la Comunión con el palco, la visita al Sagrario con el cine, el Kempis con la novela? ¿Has pensado en sacrificarlo todo, vencerlo todo, dejarlo todo por *el triunfo de la pureza* en tu alma virginal? ¿te sientes animada y fuerte, con la gracia de Dios, para triunfar contra las seducciones de la carne, de la sensualidad y del mundo?

¿Te entusiasma el apostolado de la pureza en el mundo, en el taller, en la oficina, escuela, catequesis, casa, campo? ¿te sale de dentro el deseo de ser «lirio entre espinas», «flor del campo», «lirio del valle», para embalsamar y perfumar la calle, el obrador, el hogar, el templo?...

C) Supuesto que amas a Jesús; porque si no le amas, ya... y si quieres amarle cada día más, y es tu ideal supremo, ¿cómo le quieres amar, cuándo, dónde? ¿acaso como Teresita en el claustro?; ¿como la Hermana de la Caridad en el Hospital, como la Misionera entre los indios y los negritos, como la Mercedaria entre los presos, los tuberculosos, los leprosos?; ¿como la aliada en el taller, en la oficina, en la escuela, en el teléfono, en el mostrador, en la heredad, en el metro, en un hogar frío?

¿Quieres *especializarte* en ser alma amante y recogida en el bullicio de las gentes, entre el ruido de las máquinas, en el movimiento y baraunda⁵ mundanal, codeándote con la gente distraída de las calles, en medio de los que no aman, de los que olvidan, de los que provocan, de los que pecan?

¿Prefieres acaso la soledad de una celda? ¿la tribuna del coro? ¿las gradas del altar?

D) ¿Has pensado en ser levadura y fermento vivificador, en medio de esa gran masa de almas muertas que por nada del mundo se quieren levantar? ¿Quieres ser apóstol, no sólo de palabra, sino más bien y mejor de ejemplo, de vida, en cuadro gráfico? ¿quieres ser el Evangelio vivido, la santidad en acción, la perfección hecha carne y puesta al alcance de todo el mundo? ¿Quieres ser una imagen de Cristo, no de madera o cartón, sino de carne y hueso? ¿quieres ser otro Cristo viviente, un nuevo Cristo humanado, que entra donde, tal vez, no ha podido entrar el auténtico Jesús? ¿que entra en un mundo profanado, para purificarlo, restaurarlo, resucitarlo, santificarlo, salvarlo?

¿Te das cuenta de la misión de una hermanita de la Alianza? ¿Has ponderado y medido el alcance de su *vida*: vida de choque, vida de lucha, vida en campo raso, vida exuberante, rebosante, ardiente, vivificante?

E) ¿Ves que tanto en lo *físico* como en lo *moral* y en lo *espiritual* estas almas deben reunir condiciones especiales? ¿comprendes que un modelo, un ejemplar, un otro Cristo en medio del mundo tiene que ser lo más perfecto en todo, en el cuerpo y en el alma, en lo natural y en lo sobrenatural? ¿reúnes tú esas condiciones?... ¿te falta algo ?

⁵ (Ortografía correcta en su día.-Nota de la transcripción)

Sosegadamente piensa en cada una de estas preguntas; es un interrogatorio que te interesa. Sus *síes* y sus *nos* te llevarán al conocimiento de tu vocación.



ÍNDICE

Prólogo.....	Páginas 3
--------------	--------------

PRIMERA PARTE

LA VOCACIÓN

I.	El Reino de Dios.....	5
II.	La vocación.....	7
III.	Llamamiento de Cristo.....	9
IV.	Elección del hombre.- Elección de Dios.....	10
V.	La fuerza de la autoridad.....	14
VI.	Importa seguir la vocación.....	16

SEGUNDA PARTE

VOCACIÓN ALIADA

VII.	¿Hay vocación aliada?.....	20
VIII.	Diferentes vocaciones.....	23
IX.	Características de la vocación aliada.....	25
X.	Señales de esta vocación.....	32
XI.	Medios para conservar la vocación en el mundo.....	36
XII.	¿Tendré yo vocación aliada?.....	40

